

## CUESTION SOCIAL Y EDUCACION: UN MODELO DE REGENERACIONISMO EDUCATIVO

IRENE PALACIOS LIS  
*Universidad de Valencia.*

### INTRODUCCION

El oscuro panorama español de las postrimerías de mil ochocientos, con sus características bien definidas que le proporcionan una robusta personalidad, ha sido estudiado ampliamente por quienes se han aventurado a investigar, a ahondar, en ese período particularmente decisivo de nuestra reciente historia.

Es el momento difícil en que a las puertas de España llaman, a la vez, con inusitada fuerza, acontecimientos, avatares y problemas que inducen irremediamente a la movilización. No puede permanecer ya por más tiempo recreada en ensueños falaces. Se la reclama desde fuera y desde dentro. Es el momento de la acción. Pero también el momento de la «España escindida» de Galdós y de tantos otros autores, entre los que se cuenta Rafael Altamira<sup>1</sup>, que hicieron suyo el tema de las «dos Españas» «tradicción, fanatismo, intolerancia, rutina mental, de un lado; progreso, cienti-

1 Rafael Altamira y Crevea (Alicante 1866 - México 1951), jurista y fundamentalmente historiador, representa uno más de los pilares del krausoinstitucionismo hispano. Catedrático de las Facultades de Derecho de Oviedo y Madrid y Director General de Primera Enseñanza, se distinguió preferentemente por su labor en los temas hispanoamericanos, en los de educación popular y «extensión universitaria», y sobre todo en los históricos. Acerca de su vida y su obra, pueden consultarse, entre otros: Malagón, J. y Zavala, S.: *Rafael Altamira y Crevea (el historiador y el hombre)* (México, Univ. Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1971); Martínez Cachero, J. M.<sup>a</sup>; Sela Sampil, L. y Prieto Bances, R.: *Homenaje a Rafael Altamira en su centenario (1866-1966)* (Oviedo, Univ. de Oviedo, 1967); Ramos, V.: *Rafael Altamira* (Madrid-Barcelona, Alfaguara, 1968); Palacio Lis, I.: *El regeneracionismo educativo en Rafael Altamira*. Tesis doctoral inédita (Univ. de Valencia, 1983); Varios: *Bibliografía y Biografía de Rafael Altamira y Crevea* (México, Mediterrani, 1946), etc., así como los legajos del Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares, que forman parte de su Expediente Personal, con los nn. 49-14 y 9.565-5.

ficismo, liberalismo, del otro», a lo que habrá que añadir «el tema movido de las "ideologías" sin demasiadas raíces en "las dos Españas" reales»<sup>2</sup>.

Y España empieza a despertar. Y lo hace, particularmente, en el corazón y en la pluma de quienes pueden advertir la realidad porque su especial formación, su espíritu crítico y el sentimiento de su responsabilidad —como parte de ella— les ofrece de modo especialmente vivo el gris de la patria enferma. No así en los demás, en la inmensa masa amorfa que constituye el fondo social. Esa continuará aletargada, sumida en sus mil problemas cotidianos, blandiendo como estandarte la creencia secular de los valores históricos y de la fuerza de esa tierra que les vio nacer.

Aquellos espíritus fuertes serán los llamados, pues, a despertar las conciencias. En efecto, como acertadamente sintetizará Rafael Pérez de la Dehesa, ellos ofrecieron a la nación «un programa de soluciones envueltas en lenguaje pragmático y científicista y con carácter de neutralidad política, soluciones concretas a problemas concretos, casi todos de carácter económico y educativo, que se pretendía que fueran impuestos con una suma urgencia por cualquiera de los partidos turnantes, con indiferencia de las formas de gobierno o de las doctrinas políticas teóricas». Podría considerárselas, en definitiva, «como el grupo que ensayó la aplicación de la ciencia positiva a fines del XIX a la resolución de los problemas nacionales»<sup>3</sup>.

Y, sin embargo, de entre ellos los hay de diversa índole. De un lado, los que fustigan acremente la realidad, ahondando y profundizando incansablemente en lo que de malo hay y en lo que de negativo creen ver. España es, para ellos, un organismo en estado grave, incurable por necesidad. Sus males están de tal forma enraizada y son de índole tan profunda, que la salvación se ve, sin duda, como inalcanzable. Desde el medio físico, al que contemplan torturado y estéril, a la incapacidad de la raza, considerada como parva en sus orígenes y paulatinamente degenerada con el paso de la historia, pasando por la vida política y administrativa, caótica y caciquil, todo contribuye a la queja dolorida y a la crítica despiadada, de pies de barro en muchas ocasiones, por la ausencia del fundamento de cuanto se postula como irrefutable.

A su lado, los de actitud más serena, los que no quieren dejarse llevar, sin más, por el tumulto y la polvareda que aquéllos levantan, ni tampoco se complacen en el inmovilismo pasivo de la mayoría social. Les duele España, indudablemente. Conocen su mal presente, pero no se resignan a él. Por

2 Tuñón de Lara, M.: *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*, 3 ed. (Madrid, Tecnos, 1973) p. 27.

3 Pérez de la Dehesa, R.: *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98* (Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1966) pp. 168-69.

el contrario, procede —piensan— investigar las raíces seria y científicamente. Establecer la realidad de hecho y actuar en consecuencia. Pero nunca precipitarse en juicios categóricos y condenas sin paliativos, porque no todas las enfermedades son incurables, y sobre todo, no merecen tal adjetivo sin mediar, previamente, el análisis, la investigación y la crítica honrada.

#### 1. RAFAEL ALTAMIRA O EL OPTIMISMO REGENERACIONISTA

Rafael Altamira y Crevea debe integrarse, por derecho propio, en este segundo grupo. El no permitió ser arrastrado ni por el inmovilismo de la mayoría, ni por el derrotismo de muchos. «Mi fe en nuestro pueblo —dirá— es fe en su potencialidad, demostrada por su Historia, que hemos ignorado y calumniado a más y mejor». Y no solamente en su potencialidad, sino también en su presente, ya que «el oído atento al mover de las almas, percibe claramente el hervor de algo que sacude los espíritus de muchos jóvenes y los dirige, con más o menos claridad de visión en punto al cambio, hacia el ideal de una patria nueva»<sup>4</sup>.

Y precisamente por esta íntima convicción, surge su crítica constructiva —constructiva porque a lo predicado opone su particular punto de vista y su teoría de solución— de las propuestas para el cambio formuladas por algunos de sus compatriotas. De esta manera, son abordadas con agudeza las alternativas al problema español de Macías Picavea y Costa, para concluir —al margen de su falta de fe en la aparición de un hombre o de un grupo, surgidos milagrosamente de una masa amorfa, cuya actuación, si realmente se hiciera efectiva, se estrellaría por necesidad en la apatía y el inmovilismo colectivos.

La regeneración, si era posible, debía depender enteramente del pueblo. Y la disyuntiva que se establece en este punto es la siguiente:

«(...) o el país (el país activo en política) tiene todavía lucidez y energías bastantes para discernir cuáles son sus elementos sanos, antepo-nerlos a los enfermos y someterse a la disciplina que aquéllos le impongan para llegar a la plena regeneración, que no se cumplirá entonces, sino que empezará tan sólo, o el país carece de esta lucidez y esas energías y entonces hay que desesperar de la curación»<sup>5</sup>.

El remedio de nuestros males depende, pues, en último término, del pueblo, y en él, de todos y cada uno de los ciudadanos. La responsabilidad

4 Altamira, R.: *Para la juventud (Conferencias y pensamientos)* (Barcelona-Buenos Aires, Unión Editorial Hispano-Americana, 1914) p. 170.

5 Altamira, R.: *Psicología del pueblo español*, 2 ed. (Barcelona, Minerva, 1917) p. 42.

acerca del futuro de España se traslada de este modo, desde la minoría directora políticamente, a la gran mayoría gobernada, de cuya concienciación y actuación consecuente se espera el milagro de la regeneración nacional, estableciéndose así un imperativo ético del que ningún hombre, como factor de la sociedad, podría sustraerse. El ciudadano común, el transeúnte de la calle, tenía el deber moral de hacer consciente en sí mismo —y de ayudar a los demás en su concienciación— la fundamental idea de su papel como protagonista del cambio y de sus cometidos en relación al mismo.

Sin embargo, esta autorregeneración lo será sólo hasta cierto punto, porque no cabe olvidar, en la obra de Altamira, el papel de un elemento potenciador de esa metamorfosis; elemento que, de otro lado, habrá de existir por necesidad. Ese factor animador —léase «elementos directores o intelectuales»— deberá actuar inexcusablemente, aunque quede bien claro que el impulso externo nada podrá sin el entusiasmo y la cooperación efectiva de todos y cada uno de los elementos sociales.

Sin embargo, objetivamente, los tiempos eran difíciles para España. En 1898, la pérdida de los últimos vestigios del imperio colonial y la crisis política de la Restauración, contribuirán a airear definitivamente la solapada situación decadente de los años anteriores.

El diversificado repertorio ideológico que tuvo por base el desastre del 98 presenta —como matizará Tuñón y Lara— ciertos elementos comunes: crítica al sistema político de la Restauración y, en particular, de su sustrato ideológico, el caciquismo; crítica a aquella visión del pasado fundamentada sobre «hechos de armas y glorias dudosas»; falta de fe en nuestro pueblo «como protagonista de la historia y creador de su porvenir». De este modo,

«la infravaloración del trabajo no se busca en el peso de una "ideología" señorial y arcaica —la de los "hidalgos cansados", diríamos— sino en una especie de enfermedad nacional; la abulia según Ganivet y también según Mallada; para Salinas, "los defectos históricos del carácter español son el autoritarismo y la picardía" (...) Pero según unos la vagancia es el mal nacional por excelencia; para otros —Dorado Montero, Posada, Altamira y el mismo Costa—, el gran mal es la ignorancia (en definitiva, ése era el pensamiento de Giner). Dorado pide "tutores para los pueblos", Altamira y Costa también»<sup>6</sup>.

Pero, retomando la idea expuesta anteriormente, detengámonos un instante en esa «negativa del protagonismo popular» como una de las líneas de fuerza de la ofensiva ideológica del 98. Porque siendo quizá generalizada en el criticismo que nos ocupa, no aparece explícita, sino todo lo

contrario, en ciertos autores no menos representativos. El papel inexcusable del pueblo en el juego socio-político es positivamente resaltado e incluso exigido por Pablo Iglesias, Jaime Vera y el propio Unamuno entre otros. Rafael Altamira consideramos que no es una excepción en esta última línea. En efecto, textos suyos tales como «No nos dejemos alucinar por la esperanza de lo que vagamente se llama pueblo, masa, etc.»; «Hay doce millones de españoles que carecen de instrucción. El pueblo no puede dar el impulso para la regeneración, puesto que es el primero que necesita regenerarse por medio de la cultura», etc., no pueden hacer olvidar otros tantos a algunos de los cuales hacíamos referencia con anterioridad. El pueblo precisa de educación en la medida en que ésta le proporcionará esa nueva personalidad, vacía de rastros egoístas y cooperadora del bien común, cuya contribución será imprescindible a la mejora y el perfeccionamiento social.

No obstante, dirá, la tutela de los pueblos —la dictadura incluso, bajo una serie de condiciones— será inevitable y hasta necesaria. Tutela «de pueblos nacientes o de pueblos atrasados, caídos o enfermos, incapacitados por defecto de edad o por accidental retroceso o declinación para regir su propia vida», como indicará Costa<sup>7</sup>. El problema del genio y la colectividad en la historia, tema reiteradamente tratado por Altamira, adquiere aquí singular importancia<sup>8</sup>.

Sin embargo, y sin querer restar importancia a estas cuestiones colaterales, nos interesa seguir haciendo hincapié en su fe inquebrantable en los valores fundamentales de nuestro espíritu, considerándolo perfectamente capaz de reaccionar positivamente ante las eventualidades del momento y conseguir así, a toda costa, una España mejor sobre los cimientos de sus verdaderos valores históricos<sup>9</sup>. Conocer la realidad objetiva se veía como prioritario. Sobreponerse a ella, inexcusable. Y de ahí, su llamada ferviente

7 Costa, J.: *Tutela de pueblos en la Historia* (Madrid 1911) p. VI. Sobre las actitudes equívocas que pueden plantear las teorías de Costa, según las cuales se le ha podido considerar como un liberal o como un autoritario, un revolucionario o un oligarca, puede consultarse, entre otras, la obra ya citada de Rafael Pérez de la Dehesa.

8 Consúltense, en particular, las siguientes obras del autor: *La enseñanza de la Historia*, 2 ed. (Madrid, Lib. Victoriano Suárez, 1895); *Cuestiones modernas de Historia* (Madrid, Daniel Jorro, 1940); *De Historia y Arte* (Madrid 1898); 'Observaciones sobre el problema del genio y la colectividad en la Historia', BILE, 460 (1898) p. 216, etc.

9 La categoría de Rafael Altamira como historiador es indispensable. Y de su faceta como tal nos interesa resaltar sus trabajos en pro de una renovación de la metodología didáctica de esta disciplina que tienen por base la firmeza de sus convicciones respecto al «valor social del conocimiento histórico» —título por otra parte de una de sus obras— y, particularmente, a su dimensión educativa. Relativos a esta última cuestión pueden verse los trabajos de: Valdeavellano, L. G. de: 'Don Rafael Altamira o la Historia como educación', *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 160 (1967); Palacio Lis, I.: 'El valor formativo de la Historia en el ideario de Rafael Altamira y Crevea', *Rev. Saitabi* (en prensa).

para combatir el pesimismo infecundo: «Muéstrense sin reservas los defectos, descúbranse las llagas actuales, hágase mirar el mal frente a frente y sin disfraz; pero al propio tiempo anímese al enfermo en el camino de la curación, devuélvasele la confianza en sus propias fuerzas, convénczasele de que es capaz de vencer las dificultades, como las venció en otro tiempo». Y en definitiva, añadirá, «robustézcase su fe en la imagen de los siglos en que era grande por la cultura y el empuje civilizador, a la vez que se inculque la máxima de que ningún pueblo se regenera sino por su propio esfuerzo, «queriendo» obtener la mejora, ganándosela por sus puños, poniendo a su servicio el poder enorme de su energía colectiva, en vez de confiarla fríamente a cualquiera, durmiendo luego sosegadamente en la engañada confianza de que otro sacará por él las castañas del fuego»<sup>10</sup>.

Y todo ello porque los pueblos, como los propios individuos, rigen su vida influenciados, más que por el juicio que sobre ellos formulan los demás pueblos, por la opinión que tienen forjada de sí mismos. De este modo, si ambos juicios no son coincidentes, vence siempre el segundo. Si por el contrario, ambos se formulan en el mismo sentido, la fuerza resultante será extraordinaria, conduciendo al pueblo en cuestión por el camino de su engrandecimiento. Así, «pueblo que se considera a sí mismo como degenerado, como inepto, como incapaz de esfuerzos regeneradores (ya sea por enfermedad del ánimo, ya por sugestión de voces extrañas repetidas una y mil veces y acogidas por todos o parte de los elementos directores), es pueblo condenado al pesimismo, a la inacción y a la muerte segura y rápida». Por el contrario, «pueblo que cree en la virtualidad de sus fuerzas, o tiene de su valor presente un concepto elevado (quizá excesivo), se atreverá a todo y sabrá salvar las crisis pasajeras y los tropezones accidentales»<sup>11</sup>.

De ahí hace depender nuestro autor la necesidad ineludible de combatir el pesimismo en las colectividades allí donde se encuentre, y sobre todo, cuando en demasiadas ocasiones se basa en juicios de valor erróneos. Pero también sobre bases positivas sustenta Altamira su optimismo regeneracionista, pues tras el detenido estudio de nuestras cualidades psicológicas, llega a las siguientes conclusiones: Es la primera, que los españoles poseen, en el fondo de su peculiar idiosincrasia, muchas de aquellas cualidades fundamentales capaces de conseguir un pueblo grande y fuerte; que la mayor parte de esas cualidades sufrían una atrofia singular en la época del desastre, viéndose sustituidas por vicios contrarios; y que una minoría —todavía una minoría, pero con vocación de crecimiento— guiada por la fe y el entusiasmo en la patria, ya había conseguido vencer aquella sustitución frente

10 Altamira, R.: *Psicología...*, cit., pp. 217-18.

11 *Ibid.*, p. 212.

al escepticismo y el pesimismo de quienes seguían viendo presa a España de un mal incurable.

Porque el pesimismo, sostiene, no significa el descontento ante la situación de la época, ni se encuentra en el hecho de resaltar muchos defectos que sin duda tenemos, así como los grandes vacíos de nuestra cultura y nuestra sociedad. La actitud crítica es justificable e incluso positiva por suponer la existencia de una concienciación clara de la realidad circundante, así como es comprensible el sentimiento de dolor consecuente ante la calamidad de lo propio. El pesimismo combatible es aquél que generaliza los hechos y las situaciones, estimando los males como irremediables por consistencia a nuestra peculiar psicología.

Y ese pecado del pesimismo lo cometerían por igual, en el sentir de Altamira, liberales y reaccionarios, los primeros por total aversión a nuestro pasado histórico, al que veían como una falacia, como un mito odioso al que había que sepultar; los segundos, por querer ver en ese mismo pasado la norma y la guía de toda andadura presente, desconociendo o falseando, en muchos casos, la realidad científica de nuestra historia.

Y en definitiva, él acusa «la gestación de algo digno de alimentar esperanzas en el mañana». Algo que «quizá no resuena tanto en los círculos visibles de la vida nacional como en los rincones modestos de los que aún no se han revelado; pero existe y sobre él podemos fundar la fe en el porvenir»<sup>12</sup>. Y el más sólido fundamento de esa fe en el porvenir lo encuentra en el carácter difuso de esa inquietud espiritual que él recoge y que no observa de modo especial en lugares concretos de nuestra geografía, sino que ve presente en todas partes, la que permite que se la califique como de plenamente española.

## 2. A LA REFORMA SOCIAL POR LA EDUCACION

Pero volvamos de nuevo a esa necesidad de regeneración, casi tónica, que no dejaron de sentir, cada uno disfrazado de peculiares características, los que sinceramente se plantearon el ser de España<sup>13</sup>. Y en esa dinámica, recordemos cómo el movimiento regeneracionista, al igual que el pensamiento ilustrado en su momento y las ideas de la Gloriosa después, traerán a un primer plano el problema educativo como artífice prioritario en la solución de los problemas del país. Se pretende, así, convertir a la educación en factor de cambio y de transformación social, hasta tal punto que, como llegará a expresar Cossío, el ambiente intelectual se encontró saturado de «pedagogía».

12 Ibid., pp. 202-3.

Sin embargo, no era solamente instrucción lo que se exigía. Más que acumular conocimientos, el hombre español necesita educarse. Y a esa categórica demanda, la formación de hombres, habrían de dirigirse muchos esfuerzos.

A la llamada responde el «hombre nuevo» del krausismo. Y a «hacer hombres» irá dirigido el ideal institucionista. Hombres en que se cumpliera la armonía entre la naturaleza y el espíritu. Armonía interior, que con una nueva conciencia religiosa, con un nuevo espíritu habría de exteriorizarse contribuyendo a la armonía universal. La regeneración integral que se traslucía en Giner se fundamentaba, única y exclusivamente, en lo moral. La norma de conducta, así, se regiría por una reglamentación ética, sustituyendo a la religión. El hombre nuevo de Giner será el hombre armónico en todas sus facetas: perfecto, equilibrado, justo, tolerante, refinado..., pero siempre bajo un imperativo ético.

Y la línea del pensamiento de Altamira no difiere de ese credo ideológico, aunque sí habría de matizarse, porque consideramos que el alicantino se halla en la línea del denominado por Posada «krausismo positivo», o por Tuñón de Lara «krausismo abierto». O como define Jiménez Fraud:

«Había nacido un nuevo tipo, el del institucionalismo, sinónimo, como el de krausista, de hombre de principios y de vocación, y también de cierto puritanismo, aunque no tan utopista, pues atento a las realidades nacionales e inflamado por la historia y el arte de España y hasta exaltado en frenesí amoroso por la naturaleza y el suelo patrios, predicaba desde las cátedras universitarias un tipo de reforma nacional a través de la enseñanza»<sup>14</sup>.

Como indicará el profesor Tuñón de Lara, del espíritu o estilo krausista, representados el primero por Sanz del Río y por Giner y Cossío el segundo, o lo que es lo mismo, «de la expresión ideológica —con frecuencia indirecta— de una burguesía débil que va creando sus intelectuales, se pasará al vigor de una clase que aspira al Poder en todos los sentidos»<sup>15</sup>.

Recordemos, sin embargo, que la sobrevaloración del hecho educativo es un fenómeno constatable en toda Europa desde finales del siglo XIX, y

13 Por su particular teoría discordante, puede verse: Unamuno, M. de: 'La vida es sueño. Reflexiones sobre la regeneración de España', *La España Moderna*, 118 (1898) p. 69.

14 Jiménez Fraud, A.: *Ocaso y restauración. Ensayo sobre la Universidad Española Moderna* (México, El Colegio de México, 1948) pp. 167-68.

15 Tuñón de Lara, M.: *Medio siglo...*, cit., p. 40. Sin embargo, recordemos cómo Tuñón matizará en este sentido que: «el institucionismo no es una corriente directamente política, sino que pretende formar los hombres capaces, los «cuadros», que ese poder necesitará en los más diversos ámbitos de la sociedad. Y por eso trata de integrar a una élite de la pequeña burguesía y a las modernas clases medias de profesión intelectual (...) con los cuales había que formar los nuevos equipos».



particularmente a partir de la primera guerra mundial. La virulencia del tema en España, al margen de revestir ciertas peculiaridades características fruto de nuestra situación concreta, debe entenderse, pues, en ese otro campo, mucho más amplio, del devenir histórico del viejo continente.

En efecto, tras el primer gran enfrentamiento bélico internacional se hizo generalizada la preocupación por hallar los cauces oportunos que lograsen evitar en lo sucesivo tan infructuoso derramamiento de sangre. Los puntos de vista fueron tan diversos como las intencionalidades de las que surgían, pero en todos ellos, de alguna manera, parecía flotar la preocupación por los temas educativos.

El propio Altamira trae al recuerdo la proposición del pedagogo M. F. Buisson defendida en el Congreso de la Sociedad de Naciones, celebrado en Bruselas en 1919, y en la que señala como fundamental, en el camino de la democracia y la pacificación, la potenciación de la educación y la instrucción de los pueblos. El texto<sup>16</sup> fue rotundamente aclamado por el pleno del congreso. Desde los miembros más radicales a los de tendencia más moderada, nadie dejó de comprender que aquél era el punto clave de la cuestión.

Porque se contempla como totalmente imposible que una minoría, por robusta que posea la fe en su propia fuerza y por puras que sean sus intencionalidades, tenga la presunción de creerse capaz de reformar el mundo cuando debe soportar la pesada carga de una masa de población marcada por la ignorancia de sus derechos y de sus deberes, y a la que falta una clara visión de su entorno social. En definitiva, las ideas e iniciativas más generosas de quienes encarnan al dirigente o al líder, serán absolutamente vanas ante la falta absoluta de cooperación de la población no preparada.

En este contexto se nos presenta la aportación altamirana. Hay que formar hombre, educar, que no solamente instruir, y ello sobre la base del optimismo pedagógico que nunca le abandonaría. «La regeneración, tanto como la formación de un pueblo —manifestará— son cuestiones educativas». Y a esa tarea consagrará todo su empeño e incluso su vida, porque era consciente de que no menor dedicación exigía un país en que la función educadora y la enseñanza no habían alcanzado todavía la categoría de cues-

16 La Proposición, en sus líneas básicas, dice lo siguiente: «el Congreso expresa el deseo siguiente: que la Sociedad de las Naciones se esfuerce por asegurar el mínimo de instrucción y educación indispensable a todo ser humano para cumplir eficazmente la función de ciudadano en una democracia. En consecuencia, que pida a cada nación el establecimiento de ese mínimo obligatorio mediante una legislación adecuada (...). Con estas medidas se producirá un constante llamamiento a las fuerzas morales sin las que sería imposible transformar las condiciones profundas de la vida social en las naciones (...).» Texto tomado de Altamira, R.: *Ideario pedagógico* (Madrid, Ed. Reus, 1923) pp. 12-13.

tiones nacionales. Situación dolorosamente sentida y cuya solución él mismo señalará:

«(...) los que sienten la gravedad del problema que trabajen por él, seguros de que cada paso conseguido aumentará en los demás el conocimiento de la importancia que tiene; y poco a poco el amor hacia la cultura y la seriedad en procurarla y en colaborar a la obra que la afirme, irán agrandándose, hasta convertirse en fuerza incontrastable que se imponga a los tibios, a los escépticos y a los egoístas»<sup>17</sup>.

Pero ahondando más en el problema, la concepción educativa de Altamira presenta como dos vertientes o caracteres que adquirirán particular trascendencia a lo largo de su vida y de su obra. Una de ellas, de índole más abstracta —si así se la puede calificar— y que tiene por sustrato la teoría del patriotismo<sup>18</sup>; la otra más directamente positiva, y que conduce al planteamiento de la educación popular, como derivación lógica de una concepción democrática en la participación de los bienes de la cultura.

### 2.1. *Patriotismo y escuela*

Con respecto a la primera de aquellas vertientes, el fenómeno de la decadencia nacional y los sentimientos patrióticos —auténticamente sentidos—, están en relación inversa según el alicantino. Así, un robusto sentimiento de amor a la patria, una concienciación real y positiva en todos los ciudadanos como tales, el convencimiento auténtico de la labor que a cada uno corresponde en el engranaje social y la actuación en consecuencia, potenciarán, sin duda, la mejora y el engrandecimiento de un pueblo. O parangonando una conocida frase, cada uno tiene la patria que se merece.

Pero las naturales tendencias egoístas humanas, que ven enfrentados sus intereses a los del resto de sus semejantes, suponen una lastra para los deberes patrióticos, cuyas consecuencias serán tanto más negativas, cuanto más crítica sea la situación de la colectividad.

Efectivamente, en la España particularmente deprimida de los últimos años del XIX, Altamira considera tarea prioritaria la depuración de nuestro patriotismo, en el sentido de subsanar aquellas cuatro «carencias» que él

17 Altamira, R.: *Problemas urgentes de la primera enseñanza en España* (Madrid, Imp. Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús, 1912) p. 102.

18 Como puntualizará Laín Entralgo, a pesar de las actitudes estrictamente individuales de los hombres del 98 (tomamos este concepto en su más amplia acepción), se asemejan todos ellos en una nota fundamental de signo negativo: la repulsa violenta de la vida histórica española del momento. Repulsa no basada en la hostilidad contra España y su historia, sino en su entrañable amor a la patria: «amaban a España porque no les gustaba lo que veían, movidos por una evidente y utópica voluntad de perfección» (Laín Entralgo, P.: *La generación del 98*, 8 ed. [Madrid, Espasa-Calpe, 1975] p. 89).

hace constatar en el sentir y el proceder de los españoles: carencia de amor a la patria española; carencia de estimación de lo propio; carencia del sentido, y sobre todo de la voluntad, de sacrificio por el bien común y carencia de un concepto claro de lo que es la independencia de un pueblo.

De todo ello deducirá la necesidad de una doble ofensiva en el camino de la depuración de nuestro patriotismo: una puesta al día de nuestras actuaciones en la vida cotidiana y una purificación de nuestro ideal. Y en este sentido, expresará: «Necesitamos para reintegrar nuestro patriotismo inválido, llegar a sentir hondamente todo lo que es nuestro y constituye, espiritual y materialmente, nuestra patria (la de ayer y la de hoy) y para conservar amorosamente todo lo que merece conservarse y corregir todo lo que dañaría a nuestro presente y futuro»<sup>19</sup>.

Sin embargo, esa doble ofensiva sólo será posible a través de la educación, porque el gobierno, la sociedad, la familia, aún pudiendo contribuir de forma importante en la implantación de un sólido sentimiento patriótico en las nuevas generaciones, nada conseguirá sin la cooperación fundamentalísima de la escuela. Deber de ella será el «dotar el alma del niño español, de todo lo necesario y preciso para que al llegar a hombre sea hombre a la española, sienta en español y como español actúe en todos los momentos de su vida». Porque la educación patriótica no debe estar constituida por una suma de momentos a lo largo del período de formación del niño, sino que deberá informar la intencionalidad de toda la enseñanza.

Habremos de convenir por tanto, en base a una fundamentación realista de las exigencias del alicantino, en la necesidad, también por él formulada, de proporcionar a los docentes, en el período de su formación, las bases imprescindibles en que sustentar su propia labor en cuanto a la educación patriótica de sus alumnos. Se trataba, en definitiva, de potenciar el patriotismo en las Escuelas Normales y en todos los centros, en fin, que tuvieran como misión el reclutamiento y capacitación de los futuros docentes.

Al período de enseñanza secundaria y a la Universidad, incluso, debían hacerse extensivas estas exigencias, sin menoscabar, por ello, el carácter fundamental que revestirán en los primeros años de la educación.

## 2.2. Educación popular

Pero abordemos ya, a continuación, esa segunda vertiente que cabe rastrear en el ideario educativo de Altamira y a la que anteriormente hacía-

<sup>19</sup> Altamira, R.: *Los elementos de la civilización y del carácter españoles* (Buenos Aires, Losada, 1956) p. 162. Sobre el problema del patriotismo en Altamira pueden citarse, entre otras, sus obras: *Psicología del pueblo español*, ya citada; *Escritos patrióticos* (Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S.A., 1929); *España y el programa americanista* (Madrid, Ed. América, 1917); 'El patriotismo y la Universidad', BILE, 462, 463, 464 (1898) pp. 257-70, 291-96, 323-27; etc.

mos referencia. Se trata, en este caso, de planteamientos más positivos que conducen a la exigencia de educación popular, como derivación lógica —decíamos— de su concepción democrática en la participación de los bienes de cultura.

En la base de su teoría al respecto, una convicción profunda: el hombre actúa en la vida de acuerdo con la educación que ha recibido y de la influencia que aquélla ha ejercido sobre su espíritu. O lo que es lo mismo, actúa siguiendo las reglas y los impulsos correspondientes a su grado de cultura intelectual y sentimental y a la orientación de esa cultura respecto a los problemas fundamentales del individuo y de la sociedad.

Y por ello precisamente abogará por una enseñanza extensiva e intensiva, susceptible de alcanzar a todos los hombres de todas las clases sociales, y en particular, a aquéllos que durante siglos se han visto privados de los bienes de la cultura, y que por ironía de la vida constituyen el bloque mayoritario de la escala social y en cuyas manos se encuentran las claves de muchos de los problemas que las nuevas generaciones se plantean.

En este contexto se confiesa a sí mismo, si bien no como un revolucionario en el sentido tradicional de la palabra, sí como un «radical» en el orden de la enseñanza, en el doble sentido de hacer de ella el eje de toda política nacional y de querer conducirla por el más alto camino posible de independencia espiritual y de solidaridad humana. Y consecuentemente, el tema educativo fue planteado por Altamira a lo largo de toda su vida siempre que tuvo ocasión de hacerlo al tratar cualquier tipo de problema social, nacional o internacional, como ciudadano común o como hombre de ciencia, tal como él mismo reconocerá.

Sin duda, era plenamente consciente de que las dos bases fundamentales de la paz social se concretaban en la justicia y la cultura, y en este sentido escribirá:

«La verdadera paz, la que puede ser legítima garantía para todos, es la que se asienta sobre la satisfacción interior de la mayoría (...). Pero esta satisfacción no se logra sólo con la justicia (...). Para que sea cumplida —y aún diré para que llegue a producirse como estado de espíritu— es preciso que el hombre la comprenda, se haga cargo de sus razones y orígenes y se conforme, racionalmente, con el imperativo categórico de la realidad, que siempre está lejos, cuando no en oposición, con los anhelos humanos»<sup>20</sup>.

Y esa conquista, dirá, no es capaz de lograrla aquel hombre «en quien la instrucción ha orientado y flexibilizado las facultades intelectuales». Por el contrario, con masas incultas, prontas a la incompreensión, a dejarse llevar

20 Altamira, R.: *Ideario pedagógico...*, cit., pp. 103-4.

por los impulsos y por las sugerencias fáciles, esa paz social estará siempre en el aire.

Sobre estas bases y la consideración de que la escuela primaria constituye una institución íntimamente ligada al porvenir de un pueblo, así como a la resolución de muchos de sus problemas políticos y sociales, sin por ello dejar de constatar la importancia específica de otros niveles escolares, Rafael Altamira intenta dar respuesta a la cuestión de cuál debe ser el programa común y general de la enseñanza.

Y su posición es congruente con ese modelo espiritual al que nos referíamos en páginas anteriores: opta por un programa educativo integral, que satisfaga las necesidades fundamentales de la cultura y la educación del alumno, «en cuanto que es hombre». En efecto, se trata de proporcionar al niño y al adolescente, antes de que se pronuncie por una profesión determinada, liberal o manual, aquellos conocimientos que deben ser comunes a todos los hombres y el desenvolvimiento físico e intelectual que establezca las condiciones de una vida sana, en aquéllo que dependa del individuo, y al mismo tiempo, de una vida «consciente».

Así, los programas de las escuelas —e incluso los de los centros de educación secundaria— serán tanto más perfectos cuanto más se aproximen a la integración absoluta en este sentido. En efecto, lo importante no es la inclusión en los mismos de *todas* las disciplinas fundamentales, sino el hacer asimilar al alumno lo que hay de esencial, de imprescindible, en cada una de ellas, científica o literaria. Consecuentemente, se trataría de determinar no cuáles sean aquéllas disciplinas, sino cuáles aquéllas cuestiones relativas a las mismas, en las que hay que profundizar de un modo especial.

Planteamientos que responden a la constatación de la realidad. Porque en ella podía observarse que ni los alumnos de enseñanza primaria, ni siquiera los de secundaria, recibían una formación específica y suficiente, para hacer desaparecer de la vida real que les correspondía vivir, las ignorancias y prejuicios que en aquélla actualidad padecían muchos pueblos, actuando como obstáculos para la resolución de los problemas materiales y espirituales.

En definitiva, la adquisición de los suficientes elementos de juicio capaces de permitir al sujeto tomar postura consciente y responsable frente a las distintas vicisitudes de su vida como ciudadanos, miembros de una colectividad, debería constituir la base del curriculum escolar, tomando este último término en el más amplio sentido de la palabra. Porque —argumentará Altamira— aunque la ciencia puede, sin duda, proporcionar respuestas sobre ciertas cuestiones y la religión sobre otras que le son propias, hay muchas cosas relativas a la cultura del hombre moderno sobre las cuales la ciencia no puede formular todavía una respuesta concreta, par-

ticularmente en las denominadas ciencias políticas y morales; y de otro lado, en las ciencias de los hechos la afirmación consiste solamente y en muchos casos, por ejemplo en Historia, en contribuir a establecer la verdad del hecho estudiado, lo que no es más que un elemento, si bien esencial, para la apreciación de la vida y de las actividades a desempeñar en ella.

En definitiva, manifestará su convicción de que la mayoría de los alumnos que han pasado por la escuela primaria e incluso la secundaria —aún siendo «buenos» alumnos— ignoran aquello que puede permitirles expresar una opinión autorizada —y actuar consecuentemente— sobre las cuestiones políticas, sociales, históricas, religiosas, etc., que enfrentan a los hombres tales como la adhesión a un partido, la actitud en materia social, el criterio de acción correspondiente al conocimiento y a la apreciación del pasado del propio pueblo y de sus posibilidades potenciales o circunstanciales, etc. El por qué de esas ignorancias no puede establecerse sobre una crítica fácil del profesorado, ni siquiera del método de enseñanza. Por el contrario, el problema se centra, esencialmente en los aspectos o las cuestiones que constituyen el centenario tradicional de cada materia escolar, contenido que, como no se ha determinado todavía de una manera precisa lo que le es fundamental y necesario, comprende, ordinariamente, muy poco de lo que es sustancial y mucho de lo que impunemente se podría suprimir <sup>21</sup>.

El problema se agravaba al considerar que el sentido respecto al valor de la educación era muy poco perfecto en las sociedades del momento. De ahí la afirmación altamirana de que son verdaderamente escasas las que están verdaderamente convencidas de que la escuela constituya un «artículo» de primera necesidad, y en especial en tiempos de paz. Sin embargo se constata que cuando, por desgracia, alcanza a los pueblos la crisis, cuando se ven obligados a enfrentarse a difíciles situaciones y angustiosos problemas —sólo superables por personas cuidadosamente preparadas—, de espíritu abierto y dispuestas a colaborar en el esfuerzo que se les solicita— comprender la importancia extraordinaria que puede encerrar la falta o la escasez de elementos competentes y la imposibilidad de improvisarlos. Porque esos hombres surgirán sólo en la medida en que aquél pueblo se haya preocupado de su «plantel», de su «semillero», que será el que posibilite su futuro desenvolvimiento.

Y ese plantel —dirá— se «hace» desde los jardines de infancia y se va perfeccionando a lo largo de los distintos niveles de enseñanza. Sólo los pueblos capaces de aprovechar las lecciones de la experiencia, saben que no pueden modificar el presente, ya que es muy difícil intentar cambiar de

21 Cf. Altamira, R.: *Problèmes modernes d'enseignement en vue de la conciliation entre les peuples et de la paix morale* (Paris, P.U.F., 1932) pp. 33-34.



golpe la dirección de una personalidad ya formada. Sin embargo, está ahí ese «vivero» que encierra en sí las posibilidades futuras y al que hay que dirigir todo el entusiasmo y toda la acción.

### 3. REFLEXION FINAL

En definitiva, la figura y la obra de Rafael Altamira, sobre el marco de unos momentos particularmente delicados de nuestra reciente historia, se nos presenta con matices relevantes. Su aportación, polifacética, nos lo muestra historiador, jurista, literato, ensayista, y sobre todo, educador. Porque fue quizá su optimismo, su fe en el hombre perfectible, el vértice sobre el que giraron las inquietudes de toda una vida.

Y en la base de su ideario, de su quehacer, el krausismo. No el krausismo utópico, sino el «abierto», el «positivo», el que «actúa» desde unos principios y una vocación bien definidas sobre una realidad concreta que se estima como imperfecta. Y en esta línea, participa plenamente de la denominada corriente «regeneracionista» a la que dieron lugar un puñado de nuestros intelectuales en la encrucijada de los siglos XIX y XX, aunque al revisionismo crítico y al pragmatismo desnudo de muchos de quienes se plantearon el problema de España, supo responder con una peculiaridad que le define, oponiendo, a la crítica infecunda, el estudio científico de la realidad nacional los defectos del pueblo español, sus causas y los remedios; y todo ello animado por un profundo optimismo basado en el convencimiento de la existencia en nuestro espíritu —«demostrada por la historia»— de ciertos valores primarios, fermento de toda acción superior.

Así, la educación se convertirá en la levadura capaz de actualizar las potencialidades del pueblo español. Sólo ella podrá conducirlo por el camino de la perfección individual haciendo consciente en el hombre el imperativo ético que le lleve a la consecución de una sociedad mejor a través de su propia participación responsable en la misma. La educación así, entendida como instrumento de regeneración, poseerá una doble virtualidad: el ideal de perfección humana individual y la consecución, a través de él, de una sociedad mejor por la acción positiva de todos los ciudadanos.

La consecuencia inmediata de todo ello vendrá dada por la exigencia de una educación universal, que alcance a todos los hombres de todas las edades. La teoría de la democracia intelectual se convierte así, en Altamira, en un principio radical e inexcusable, guía de un quehacer fecundo y admirable.